

de ese pueblo. Sin embargo no supo abarcar la problemática guatemalteca en toda su complejidad sociológica e histórica. La división de la obra en partes, no siempre bien articuladas entre sí, no ayuda a captar lo complejo de la realidad guatemalteca y su gran dinamismo. Tampoco el libro aporta informaciones novedosas sobre el tema, carencia que compensa con la publicación de algunos documentos de las organizaciones revolucionarias, involucradas en el proceso de lucha del pueblo guatemalteco para su liberación.

Gérard Pierre-Charles

Eduardo Quirós: "Lengua Delincuencial en el Perú." *Lenguaje y Ciencias*, Universidad Nacional de Trujillo. Trujillo-Perú. Marzo de 1969, pp. 8-14.

Los grupos sociales y sus vínculos imprimen al idioma una fisonomía particular; es así como suelen surgir las jergas que vinculan —en cuanto medio de comunicación— a quienes ejercen el mismo oficio o profesión. Entre ellas, destaca la lengua delinencial que, en Perú, se conoce como "replana".

Eduardo Quirós, al referirse a la replana, asienta que la tesis antropológica de Lombroso le parece incompleta en cuanto intento de explicación, y que las de Rafael Salillas y Alfredo Nicéforo, aunque son interesantes, resultan unilaterales e insuficientes para explicar por qué y cómo aparece la replana.

A Quirós le parece que la tesis sociológica francesa es preferible y es la que mejor se adapta al Perú. Según ésta, la replana sería un producto social que responde a una necesidad de expresión, está condicionada por las actividades y refleja la mundivisión del hampa criolla.

Quirós identifica, en la replana, tres métodos principales de formar palabras: la metátesis (inversión perfecta simple, con adición, con supresión o con modi-

ficación de palabras), el cambio semántico (catedrático → ladrón avezado; mina → prostituta; biblia → naípe) la creación de palabras extrañas y modismos ("amarrar el perro" = abstenerse de decir palabras gruesas). Además de esto, la replana toma en préstamo palabras de otras lenguas (principalmente, del italiano).

El autor considera que las principales características de la replana son: 1) su exotismo para los no delinquentes (de 16 palabras de un párrafo transcrito por él sólo 7, artículos y preposiciones, no se usan con sentido distinto al del castellano corriente); 2) su mutabilidad, pues "el delincuente apenas comprueba que un término ha salido de su reducto, lo sustituye por otro", y 3) la falta de voces que expresan valores, así como el empobrecimiento semántico de las restantes.

De las observaciones de Quirós en el campo lingüístico se pueden hacer algunas deducciones sicosociales. Así, por ejemplo, para quien usa la replana, la mujer resulta ser o instrumento de placer o medio de explotación. No hay en la replana referencias a la mujer como madre o como esposa y *mammy* o *madam* son los nombres que se dan a quienes conducen los lenocinios.

El recuerdo de un estudio de Del Valle consagrado al lunfardo, como lengua inicialmente delinencial argentina, nos hace desear que estos estudios se continúen en todo el ámbito hispánico y lleguen a colocarse sobre una base comparativa para sacar de ellos útiles conclusiones sociolingüísticas.

Óscar Uribe Villegas

Josefina Vázquez de Knauth: *Nacionalismo y Educación en México*. El Colegio de México. México, 1970. 292 págs.

El nacionalismo ha merecido numerosos estudios en todos los países del mundo,

menos en el nuestro. Y los estudios llevados a cabo sobre Latinoamérica y México han sido hechos por sociólogos norteamericanos, de tal forma que, esta única circunstancia es ya un mérito importante de la obra. Como la autora confiesa, su trabajo no busca "hacer un estudio del nacionalismo mexicano en todas sus expresiones", sino está reducido a "seguir la trayectoria de la enseñanza de la historia". Se apoya en las tesis de Margaret Mead, Ruth Benedict, Eric Erikson, Frederick Hertz y algunos otros antropólogos y psicólogos contemporáneos que atribuyen la formación del carácter nacional a la educación. Sobre este punto se insiste a lo largo del libro, remarcando especialmente sobre la enseñanza de la historia.

En la introducción se señala que el nacionalismo depende de la formación educativa dirigida por el gobierno, y la tarea se cumple a través del maestro o los historiadores, cuya enseñanza está determinada por el proceso de la historia. La educación debe ser el medio que el gobierno elige para lograr una conciencia colectiva, forjando de este modo la relación de lealtad entre el ciudadano y el Estado. De tal forma que, la enseñanza de la historia, de la instrucción cívica y de la geografía regional y, sobre todo, de una lengua o idioma común, son importantes para lograr una mejor integración de la nacionalidad.

Para que una nación existiera, según el estudio del Royal Institute of International Affairs, realizado en 1927, eran necesarios "un territorio más o menos definido, una lengua común, una población homogénea y un pasado común". Dobs agrega: un gobierno común y los intereses comunes, para que aparezca el nacionalismo. Bertrand Russell afirma que "toda educación tiene un fin político y se dirige a reforzar un grupo nacional, religioso o incluso social, en competencia con otros". "La educación ha sido, pues, un instrumento que el go-

bierno ha utilizado para modelar la conciencia colectiva de un país y despertar la lealtad de sus habitantes hacia el Estado-nación."

Nos dice la autora que, el patriotismo histórico lo inauguraron los historiadores mismos, creando las primeras visiones heroicas, acuñando héroes y anécdotas que, más tarde, maestros y políticos utilizarían. En algunos países como México e Italia, el Estado ha tenido en la Iglesia un opositor poderoso con fuerza suficiente para transmitir su propia interpretación en las escuelas.

Alude también el hecho que el nacionalismo, inculcado hasta el exceso en las escuelas europeas, condujo a la confrontación mundial por medio de las guerras. Una vez pasadas éstas, se trató de limar la animadversión hacia los otros países, principalmente en Alemania, y de lograr un espíritu de "reconciliación internacional". Una de las expresiones de esto último lo constituye la UNESCO; sin embargo, el nacionalismo ha florecido a tal grado que Hans Kohn describe nuestra época como pan-nacionalista.

En México, la conquista y la colonización, realizadas en gran parte por religiosos, determinan la oposición histórica entre el Estado y la Iglesia. Este divorcio produjo la elaboración de varias interpretaciones de la historia mexicana, que, transmitidas en las escuelas, fomentaron la división que más tarde traería el enfrentamiento armado. Durante el siglo XVI da forma el primer símbolo nacional: la Virgen de Guadalupe, mito en donde se mezclan caracteres indígenas con orígenes hispánicos. En 1810 no sólo era motivo de engrimiento patriótico sino se convirtió en estandarte de las masas que siguieron al cura Hidalgo.

Aunque mencionado en las cortes de Cádiz en 1812, y prevaeciente en la constitución de Apatzingán, lograda la independencia, ni en el Plan de Iguala ni en los Tratados de Córdoba se menciona el renglón educativo. Aparece con

la promulgación del Proyecto del Reglamento Provisional del Imperio Mexicano del 18 de diciembre de 1822, en donde se reconocía que los establecimientos de instrucción estuvieran en consonancia con el sistema político.

Hay dos visiones del origen de México: una, la del grupo de Morelos, que quería independizar a la América Septentrional de España o de cualquier otro poder; y la otra, la de Iturbide en el Plan de Iguala, que trata de unir al mundo novohispano, en estos territorios.

Las dificultades del gobierno juarista con el clero, dieron lugar a la presencia de tres potencias extranjeras en Veracruz, evento que desembocaría en la intervención francesa y el establecimiento del Segundo Imperio. Después de estas luchas, repuesto Juárez en el poder, redacta en las comisiones legislativas la Ley Orgánica de Instrucción Pública: establece la enseñanza gratuita y suspende toda docencia religiosa en las escuelas.

Durante 1859-1889, la nacionalidad se define a través de dos grupos políticos tradicionales: los conservadores, con toda su nostalgia hispánica, su pesimismo y su antianarquismo obsesivo; y los liberales, antiespañoles, antiyanquis, antifranceses y con una medida de nostalgia indigenista. El triunfo de los liberales glorifica el pasado indígena, niega la conquista, nombra a Hidalgo el padre de la patria, mientras que a Iturbide no se le rechaza del todo.

Con la revolución, la enseñanza es libre pero laica. Ninguna corporación religiosa o privada tiene ingerencia en el problema educativo. Frente a los ideales de la educación porfirista, el ardor revolucionario condujo a respuestas y conclusiones que no eran las oficiales. Andrés Molina Enríquez analiza los problemas socioeconómicos del pueblo. No se detiene en los sucesos de la cultura

indígena, en la conquista, en la colonia, en la independencia, en la reforma o el porfiriato, pues encuentra en la segmentación de la sociedad la razón de la falta de unidad nacional.

A fines de la década de los veinte y principios de los treinta, el desarrollo del movimiento obrero organizado, el forcejeo entre la Iglesia y el Estado, el reflejo de movimientos mundiales de lucha social, agudizados por la depresión económica de 1929, dieron paso a un movimiento de renovación social que coincidía con una serie de metas fijadas por el periodo de gobierno comprendido de 1934 a 1940. Entre estas metas se encontraba la imposición oficial de la escuela socialista.

La Segunda Guerra Mundial fomentaría algunas tendencias, entre ellas, la industrialización y el arribo a una nueva conciliación de fuerzas políticas. Las que parecían provocar la discordia, habían sido desviadas primero por el peligro de intervención extranjera en el momento de la expropiación del petróleo y, después de 1939, ante la posibilidad de que las hostilidades entre países del Eje y los aliados afectaran al país.

La educación, el medio para modelar el México del futuro, recibió el peso de conseguir la unidad y preparar a los jóvenes para acelerar la industrialización. En 1942 se promulgó una nueva ley orgánica de educación pública que, aunque afirmaba la educación impartida por el Estado, sería socialista (artículo 16), su espíritu era totalmente diferente.

La autora concluye que en todos los países se ha utilizado la escuela como instrumento para formar ciudadanos y la enseñanza de la historia como medio para inculcar ciertos valores y despertar lealtad a la nación en la forma del gobierno establecido.